

dejó establecida esa costumbre. Después de haber concurrido al templo, como todos los reyes anteriores, y de haber permanecido en él cuatro días practicando los actos que referidos quedan, quiso, antes de proceder á la coronación, salir á campaña, con el fin de hacer el mayor número de prisioneros para que fuesen sacrificados en honra del dios *Huitzilopochtli* en aquella solemne ocasión. Queriendo vengarse de la injuria que hacia algún tiempo le hicieron los chalqueños de conducirle preso á la cárcel de Chalco, cuando salía de desempeñar su embajada con Nezahualcoyotl en Texcoco, dispuso proveerse de víctimas en la nación de ellos. Tomada esta determinación, reunió su ejército, y salió al frente de él con dirección á Chalco. Los chalqueños le salieron al encuentro; pero derrotados completamente, huyeron á la ciudad, dejando en poder de los mejicanos un considerable número de prisioneros.

El día señalado para la coronación, Moteuczoma entró en Méjico con los tributos y regalos que los pueblos vencidos le habían presentado. En medio de los soldados victoriosos marchaban, en gran número, los prisioneros chalqueses; pero los que habían sido hechos por mano del mismo Moteuczoma, iban por delante, en vistosas literas llevados, vestidos con gran lujo, y acompañados de la música que había salido á recibirles al acercarse á la ciudad. Moteuczoma, rodeado de la nobleza, caminaba en medio de los vítores del pueblo que le miraba como al hijo mimado del dios de la guerra. Delante de él marchaban los mayordomos de su palacio y los recaudadores de rentas: seguían á éstos los individuos que de parte de sus señores, llevaban los regalos: iban divididos en igual número de cua-

drillas al que formaban los pueblos cuyos presentes llevaban. El orden en que caminaban llamaba la atención de todos; y los regalos hacía los cuales se dirigían las miradas de la multitud, consistían en oro, plata, plumas de espléndidos colores, ricas telas de algodón, innumerable cantidad de preciosas aves de diversas clases, y otros mil objetos de gran gusto y valía.

La coronación de Moteuczoma se celebró con una esplendidez que superó á la de todos los reyes que le habían precedido. Los prisioneros hechos por su mano fueron sacrificados por el gran sacerdote: el nuevo monarca, que había ayunado la víspera, como era costumbre, roció con la sangre de la primera víctima los sangrientos ídolos que estaban en el templo; el pellejo de las cabezas fué llenado de algodón así que estuvo bien seco, y colocado en un sitio conveniente del palacio; y las iluminaciones, los juegos y las fiestas presentaron una animación que excedió á todo lo que hasta entonces se había visto.

Traje de los reyes mejicanos. El traje que usaban los monarcas mejicanos era el *xiuhtilmatli* ó capa entretejida de azul y blanco, dentro de palacio: el que vestían para asistir al consejo y demás actos públicos, variaba, según el acto á que tenían que concurrir; para ir al templo llevaban el *xiuhtilmatli* blanco; pero á todas las funciones iban con la corona puesta.

Manera con que se presentaban en público los reyes mejicanos. Cuando salían á la calle, lo hacían en unas lujosas andas, llevadas en hombros de cuatro señores principales, en los cuales se ostentaba, en lugar conveniente, un rico quitasol de brillantes plumas verdes. Delante de la régia comitiva

marchaban tres personajes de la nobleza, llevando levantadas tres varitas de oro, anunciando así al pueblo que el monarca se acercaba, y detrás de las andas caminaban cuatro distinguidos magnates llevando un magnífico pálio, también de plumas verdes con exquisitos adornos de oro, para cubrir con él al soberano cuando anhelase bajar de las andas y marchar á pié. El respeto que se tenia á los reyes era profundo, y el pueblo se postraba ante ellos cuando pasaban, sin atreverse á levantar los ojos para verles. La nobleza y los grandes señores, cuando iban á su lado ó se presentaban al monarca, tenían fija la vista en el suelo, y nunca hablaban delante de él sino cuando dirigia la palabra á alguno.

El nuevo rey Moteuczoma, que significa *señor sañado* (1), lleno de noble ambicion y anhelando continuar el engrandecimiento de su patria, se preparaba á notables empresas.

Atribuyendo, lo mismo que el anterior monarca, que las victorias alcanzadas eran debidas á la proteccion del dios *Huitzilopochtli*, su primera providencia, al sentarse en el trono, fué levantar un suntuoso templo á la referida divinidad en un punto de la ciudad que llamaban Huitznahuac. Para hacerlo con toda la magnificencia que él juzgaba digna del númen de la guerra, pidió á los reyes de Alcohuacan y al de Tacuba que le ayudasen en la obra, enviándole piedra, madera y todos los materiales, así como entendidos operarios. Nezahualcoyotl y Toto-

(1) El verdadero nombre era Moteuczoma, *señor sañado*; pero por corrupcion de la voz se ha quedado el nombre de Moctezuma, como le llamaremos desde ahora.

quihuatzin le enviaron, en abundancia, todo lo que pedía, y el templo se terminó muy en breve, celebrándose su dedicacion trascurridos algunos dias.

Poco tiempo despues de haber dado principio á la obra, los chalqueses ó chalqueños, que conservaban un odio implacable á los mejicanos, buscaban los medios de ofenderles, insultando á los que á sus mercados marchaban, y profiriendo siempre palabras ofensivas contra Moctezuma y sus vasallos. La campaña anterior hecha por éste con el fin de proveerse de prisioneros chalqueses para sacrificarles en su coronación y el haberse vuelto sin atacar la ciudad de Chalco, les persuadia á creer que si sus enemigos podian dar un golpe de mano, eran impotentes para sostener una guerra contra ellos.

El reino de Chalco era, con efecto, fuerte entre las naciones del valle, y sus soldados, instruidos en el ejercicio de las armas y valientes: el gran número de canoas que tenían, les hacia poderosos por el agua, y sus muchas y buenas tropas, respetables por la tierra. Moctezuma comprendia que una lucha contra aquella nacion se debia evitar mientras no hubiese un motivo poderoso de honra para emprenderla, y por lo mismo disimulaba todo lo que no llevaba una ofensa imperdonable para el país, para poderse ocupar en los negocios importantes del Estado. La prudencia de Moctezuma aumentó la osadía de los chalqueses, y un acto inhumano cometido por ellos, obligó al rey de Méjico á dejar su actitud pacífica.

El acto, que reunia á la crueldad la injusticia, fué cometido en personas de alta suposicion, de nacionalidad acolhua y mejicana.

Teteotzin, señor de Chalco, manda matar á dos hijos del rey Nezahualcoyotl y tres señores mejicanos. Dos príncipes reales de Texcoco, hijos del rey Nezahualcoyotl y tres señores mejicanos, marchando de caza y entretenidos en ella, se alejaron de su comitiva y entraron en los montes que dominan las llanuras de Chalco, ajenos á todo temor y recelo. Cuando mas entretenidos se hallaban, se vieron sorprendidos y presos por una partida de soldados chalqueses. Conducidos á Chalco, el cruel Teteotzin, señor de la ciudad, dejándose llevar de su odio hácia Moctezuma, y sin atender al elevado carácter de sus prisioneros, ni cuidarse de las consecuencias que podrían sobrevenirle, ordenó que se diese muerte así á los dos príncipes de Texcoco, como á los tres señores mejicanos. La bárbara disposicion se ejecutó inmediatamente; pero no satisfecho aun el cruel Teteotzin con el crimen cometido, mandó que los cinco cadáveres se salasen y secasen perfectamente para poderlos conservar, y cuando, con efecto, estuvieron bien secos, los colocó en una de las salas de su palacio, á donde tenia por costumbre pasar de noche un rato de tertulia con tres ó cuatro de la nobleza. El objeto que se habia propuesto era recrearse con la vista de aquellas víctimas de su odio, y á fin de que sus ojos pudiesen gozar por completo del espectáculo que le recreaba, hacia que los cadáveres sirviesen para sostener las rajadas de pino con que de noche se alumbraba.

Guerra contra los chalqueños. Nezahualcoyotl, lleno de dolor por la muerte de sus dos hijos, y anhelante de justicia para castigar aquel acto horrible de inhumanidad, pidió al rey de Méjico y al de Tacuba, sus dos firmes aliados, que le enviasen auxilios para llevar la guerra al señor de

Chalco. No se hizo esperar mucho el socorro. Moctezuma necesitaba castigar tambien severamente á los chalqueses por los asesinatos cometidos en los tres señores que acompañaban á los dos desventurados príncipes, y resolvió ponerse al frente de las tropas. Listos los tres ejércitos de Tacuba, Méjico y Acolhuacan, Moctezuma dispuso que los texcocanos atacasen la ciudad de Chalco por tierra; y que sus tropas y las de Tacuba lo harian al mismo tiempo por agua.

Los chalqueños son vencidos y su territorio sometido á la corona de Méjico. Reunido un considerable número de cañas para trasportar las tropas de Méjico y de Tacuba, y preparadas por tierra las fuerzas de Nezahualcoyotl, el ejército marchó sobre la ciudad. Los chalqueños no se intimidaron ante el considerable número de contrarios que sobre ellos iba. Por el contrario, llenos de valor y confianza en el triunfo, esperaron á sus enemigos. El combate empezó con igual furia por una y otra parte; los chalqueses, á pesar de la superioridad numérica de los que les atacaban, no cedían ni un palmo de terreno. El mismo Teteotzin, aunque cargado de años que le impedían el andar, pero lleno de bélico entusiasmo, se hizo llevar en una litera al teatro del combate, con el objeto de inflamar con su presencia el valor de sus vasallos. De su lado Moctezuma, con su arrojo temerario, se lanzaba donde mas grande era el peligro y mas recia la pelea. Pero quien en medio de aquella lucha tenaz aparecía como el dios de la guerra, era el príncipe Axoquentzin, hijo del rey Nezahualcoyotl, quien deseando dejar vengada la muerte de sus hermanos, arrollaba cuanto á su paso se le oponía. Prodigios de heroicidad hicieron

los chalqueses para contener el empuje de sus contrarios; pero al fin fueron vencidos, despues de haber visto caer muertos á sus mejores guerreros, y de dejar en poder de sus contrarios, millares de prisioneros. Dueños de la ciudad los vencedores, la pusieron á saco, se apoderaron de todo cuanto de algun valor habia en ella, tomaron prisioneras algunas mujeres; y habiendo logrado capturar á Te-teotzin, que habia provocado aquella guerra con el acto inhumano referido, fué sentenciado á la pena del último suplicio, que sufrió con entereza. El triunfo alcanzado sobre los chalqueses se debió, en gran parte, al príncipe Axoquentzin, digno vástago del ilustre Nezahualcoyotl.

Con arreglo al convenio celebrado entre el rey de Acolhuacan, el de Méjico y el de Tacuba, en el reinado del monarca mejicano Itzcoatl, los tres soberanos se repartieron el botin; pero Chalco, así como todo el territorio que le pertenecia, quedó sometido desde aquel instante al rey de Méjico.

La posesion de Chalco aumentó considerablemente el poder de los mejicanos, cuya nacion crecia diariamente con sus conquistas.

La alianza de los tres soberanos era la garantía de cada uno de ellos respecto de cualquiera otra nacion que tratase de promoverle guerra.

No habian crecido menos que los acolhuas y mejicanos, los tlaxcaltecas, que, como tengo repetido, pertenecian á una de las siete tribus *nahuatlacas*, que despues de los toltecas, poblaron el Aváhuac.

Celosos rivales los tlaxcaltecas de los mejicanos, eran siempre los que estaban dispuestos á prestar auxilio á las

nacioncitas que lo solicitaban para hacer la guerra á Méjico.

Las conquistas hechas por Itzcoatl y su sucesor Moctezuma, las vieron con profundo disgusto, y anhelaban que se presentase una ocasion propicia para poder cortar las alas á aquella águila que, aparecida sobre el solitario nopal de una isleta miserable, habia emprendido un vuelo que amenazaba no terminar sino despues de haber dominado con su garra todos los pueblos que se hallaban al alcance de su penetrante mirada.

Con este fin aumentaron su ejército, que era ya numeroso, y esperaron, preparados, el momento en que fuese necesario medir sus armas con las de los mejicanos.